



Martí: una deuda de conciencia

Por Manuel López Oliva
[Número 05, 2015](#)

Todo cubano justo y sensible que ha tenido a José Martí entre sus ideales humanistas, así como en sus lecturas y paradigmas intelectuales, acepta poseer una "deuda de conciencia" permanente con este. Eso explica la presencia de la imagen, las metáforas y la ideología martianas en gentes nacidas en Cuba que han vivido aquí y en otras tierras, han pertenecido a diferentes generaciones históricas y culturales, y han profesado diversos credos y filosofías. Martí ha sido, en buena medida, un acompañante esencial de nuestra existencia, nuestras pasiones, nuestra eticidad y operatorias creativas.

Así, la personal relación que tengo con el Apóstol de Dos Ríos no es excepción, sino casi norma. Soy de los numerosos individuos que mantienen, a partir de la adolescencia, un diálogo silencioso con el Martí poliédrico. Tuve también a La Edad de Oro y los Versos Sencillos dentro del vínculo inicial con los libros; y no pocas veces los maestros de primaria e intelectuales orgánicos de mi natal Manzanillo me revelaron de él "pensamientos" y ejemplos elocuentes que enriquecieron mi manera de sentir y de pensar. Canciones patrióticas y homenajes que lo presentaban a veces fragmentado o al extremo espiritualizado, contribuyeron, sin embargo, a modelar su valor cardinal para los que habíamos nacido antes del 59.

Conté, además, con una suerte: la de haberme criado a unos 40 metros de la imprenta El Arte y el Grupo Literario manzanillero, que editaban la revista Orto y tenían a Martí entre sus mentores básicos. Allí leí, siendo niño aún, la traducción original que había hecho el Héroe Nacional de la novela Ramona, textos suyos y así mismo evocaciones de importantes escritores del siglo XX. Allí pude sentirme identificado con la Cena martiana surgida en esa ciudad desde 1926, y que en 1953 pasó a celebrarse en la calle Calixto García, entre Merchán y Villuendas, con una escenografía elegíaca que reproducía la casita habanera del Martí temprano, ejecutada por mi padre (pintor de la localidad) y colocada sobre la fachada del local donde se editaba Orto. Pero hubo más: como cuando tenía apenas un año de nacido, Carlos Enríquez montó una exposición

frente a ese inmueble de tertulias culturales, después escuché hablar acerca de sus pinturas y de sus dos importantísimas visiones martianas: el lírico retrato ecuestre del instante de muerte y la efigie de perfil que mucho ha servido como logotipo en Congresos de Cultura. Todos, sin yo advertirlo, fueron estímulos preliminares de mi posterior interés, desde tiempos de alumno de la Escuela Nacional de Arte de los 60, por hacer de Martí una temática constante de mi expresión pictórica y de mis reflexiones en estética y crítica.

Algunos de los profesores que tuve en mis estudios de Plástica habían realizado interpretaciones peculiares de Martí, sobre todo Cabrera Moreno, Adigio Benítez, Jorge Rigor y Fayad Jamís. Orlando Yáñez, que ocupaba la cátedra de Pintura, dispuso un proyecto del curso 67-68 dedicado a rememorar artísticamente las gestas del 68 y el 95, que me condujo a elaborar pinturas sobre tela y dibujos con la figura del poeta y revolucionario decimonónico, algunos para ilustrar la revista *El Caimán Barbudo* que dedicamos a tal significación histórica. Durante la primera etapa de quehacer profesional hice varias obras con referente martiano: unas en la lógica neofigurativa que desplegué hasta mediados de los 70, un panel efímero en papel kraft sobre una pared de la Galería L de Extensión Universitaria (como parte de la peculiar exposición martiana de 1973, organizada por Jamís con realizaciones in situ), y un retrato oscuro con sugerentes manchas sueltas que se exhibió en Bellas Artes en 1982, para quedar en dos libros iconográficos sobre Martí: *Yo sé de un pintor gigante*, editado por el Consejo de Ministros de la República de Cuba en el 2003, y el otro ensayístico de Jorge Bermúdez, publicado por el sello *Letras Cubanas*. Una de mis visiones finales al respecto, concebida en 1995 para la exhibición del tema curada por Hilda María Rodríguez, y que luego doné al Centro de Estudios Martianos (y ha desaparecido), mostraba su cuerpo desnudo con una máscara rota delante. Debo señalar el hecho coincidente de que el hoy muy agrietado inmueble (Mercaderes 2, esquina a Empedrado, Habana Vieja) donde radicó mi anterior espacio de trabajo creador desde 1975 hasta el 2010, guarda en su memoria la presencia allí de Martí trabajando en el bufete de Azcárate y conspirando con Juan Gualberto Gómez.

Esa mencionada "deuda de conciencia" se manifestó igualmente durante mis soñadores 30 años de ejercicio profesional en la crítica de arte, con ensayos y artículos que abarcaron los juicios de José Martí sobre la relación entre arte y estética, su método de crítico especializado en plástica, la dimensión que asignaba a la belleza femenina y al arte indígena, además del maridaje de historia y razón implícito en creaciones visuales de autores de distintas épocas y nacionalidades que lo "retrataron". Cada vez que me topo con la foto del Mural mexicano donde Diego Rivera pintó al Gran Cubano junto a Frida y la Catrina, advierto rápidamente que en nuestro Martí se desarrolló una extraña "mística" histórica, un poder de la "imago" y el alcance de lo "real maravilloso", que lo tornaron personalidad sin tiempo y figura universalizada capaz de habitar siempre en

quienes le hemos admirado, conocido y transformado en sustancia de nuestra propia sustancia. De ello deriva, quizá, que su vigencia funcione en nosotros como indicador de acciones necesarias, sistema de pensamiento y mandato de espíritu, inacabada fuente para el hacer imaginativo y signo que hibrida amor, comportamiento social y cultura.

La Habana. Enero de 2008

CUBARTE

www.lettresdecuba.cult.cu
lettresdecuba@cubarte.cult.cu
Facebook : Lettres de Cuba
Twitter : @rlettresdecuba